

Capítulo 14

Querido Antoine:

Es la primera vez que me confío a un hombre. Desde el comienzo de los tiempos, has sido el único que me ha demostrado su amistad. Sé que he sido importante para ti y, mediante mis revelaciones, me gustaría manifestar mi amor. No te puedes ni imaginar lo que has representado para mí. Me conmuevo al hablar contigo y este estado emocional al que me enfrento es totalmente nuevo para mí. En mis atribuciones, no estaba previsto tener sentimientos. Mi función es imponer límites a la existencia humana. Digo «humana» porque las otras especies no me conocen; simplemente cambian de forma sin hacerse preguntas.

Debo mi existencia a las ideas de los hombres. Sois vosotros los que me habéis introducido en el mundo. Y allí estaré, hasta el final de la raza humana. Ya ves, nuestros destinos están unidos para siempre.

Antoine, los hombres me inventaron porque tenían miedo a la inmortalidad. Y luego se apartaron de mí. Modificaron mi significado: ahora era el que quitaba la vida. Y no es cierto; yo no la quito, la distribuyo. El hecho de limitar la vida es lo que le da valor. ¡Es tan evidente! Soy el que ha puesto las señales hacia el infinito.

Gracias a mí, hay un finito. ¿Qué haríais con la inmortalidad? Ya nada tendría sentido. No hay nada más molesto que algo que no se termina. Incluso ese amor que buscáis desesperadamente perdería su razón de ser. ¿El amor? ¿Para qué? Seríais eternos. La vida sin la muerte tendría otro nombre. Sin embargo, los hombres se niegan a aceptar esta verdad absoluta. Y tú has sido el primero que la ha utilizado de manera positiva, para desencadenar la acción en los que te lo pidan. Indirectamente, intentas limpiar mi dignidad citándome en tus conferencias y seminarios.

Recuerdo la primera vez que hablaste de mí. Fue en una conferencia en el Palacio de Bellas Artes de Bruselas. Era la conclusión de tu discurso:

«Y si un día tenéis que tomar una decisión muy importante y dudáis, imaginad que tenéis a la muerte al lado. Miradla a la cara y pedidle consejo.

»—Un día —os susurrará—, te besaré. Nunca sabrás qué día será. Pero, cuando mis labios toquen los tuyos, ya no podrás seguir caminando, te pararás. ¿Te he besado? ¿No? ¿Y todavía dudas?»

Eso dijiste. ¡No puedes imaginarte la conmoción que supuso para mí! ¿Un ser vivo me consideraba su guía? ¡A mí, a la Muerte!

A partir de aquella noche, no dejaste de consultarme. Antoine, entré en tu vida porque tú me invitaste. Fue la primera vez que un ser humano me deseaba y me dignificaba ante los ojos de cientos de personas. La ocasión fue tan bonita que no pude resistirme. Tenías un sueño: escribir un libro. Eso tenía que dar sentido a tu vida. Buscabas ayuda y aparecí. Al acudir a tu llamada, también acudí a la mía. Salí de las sombras para comunicarme con los hombres. Ahora ya sabes quién soy. Y, a pesar de eso, sigues teniendo dudas.

Te costará aceptar lo que acabo de revelarte porque, a pesar de tus cualidades, no dejas de ser un hombre dotado de pensamiento racional. Seguramente seguirás buscándome; sentirás la necesidad de verificarlo, de encontrar pruebas de mi existencia, de creer que no ha sido un sueño. No, Antoine, no ha sido un sueño. Pero, por mucho que me busques, no me encontrarás. Durante más de un año hemos compartido momentos muy íntimos, reservados casi siempre a amigos y familiares. ¿No ha cambiado visiblemente tu manera de ver la vida? ¿Crees, de verdad, que has recorrido el camino solo?

¿Quién te enseñó a bailar?

Yo estaba a tu lado, Antoine.

En Irlanda, te hice una promesa: colaborar en la creación de tu nuevo seminario, “¡Persigue tus sueños!”.

Quieres que monte la coreografía de los procesos bailados, ¿verdad? Te la soplaré en el momento indicado.

No te preocupes, estaré a tu lado en el seminario, de principio a fin, y durante la organización. Lo hemos creado entre los dos y lo daremos entre los dos. Los participantes tendrán la oportunidad de conocerme, igual que tú. Me brindas un regalo magnífico: ¡servir de guía a los hombres!

Un día, te pedí que escribieras tu testamento. Y hoy, yo te lego el mío.

En primer lugar, me gustaría señalar que los hombres no tienen miedo de mí, de la Muerte, sino de la vida. No puedes imaginarte la cantidad de hombres que se esconden por miedo a correr un riesgo.

«¡El riesgo mayor de esta vida es no correr riesgos!»

¿Los hombres me oís? Vosotros que os habéis encerrado en un mundo estéril, seguro, donde cada iniciativa requiere un profundo análisis previo, calculado, donde la jubilación se negocia encarnizadamente desde el primer trabajo con la vida laboral en juego, un mundo donde incluso mi intervención es cuidadosamente planificada. ¡Cómo os compadezco! ¡Y cómo os

quiero!

Son muy pocos los hombres que hacen broma cuando me ven. Y esos hombres, constantemente en acción, han quemado su vida por los dos extremos. Han hecho de todo, lo han visto todo, lo han experimentado todo, lo han deseado todo, se han olvidado del azar. Han tomado lo que la vida les ha ofrecido. Y ellos son los únicos que se atreven a reírse de mí.

En cuanto a ti, Antoine, has tenido el extraordinario privilegio de tener a la Muerte de guía. ¿Te habrías podido imaginar un maestro mejor? ¿Qué otro profesor, educador, sabio o gurú te habría podido acompañar en tu búsqueda espiritual cuando ellos mismos tiemblan cuando me ven al otro lado del camino?

Mis consejos son fiables; los da alguien que conoce muy bien el final del camino. Las rutas que os he sugerido son seguras. No hablo por hablar, no hago teorías. Cuando toco algo, incluso las cosas más complicadas parecen fáciles. Cuando el hombre se enfrenta a su fin, incluso el más intransigente se vuelve sumiso como un cordero, afectuoso y conciliador como un niño. Te lo digo por experiencia.

Después de tantos años, la especie humana vive dentro de su cabeza. Es decir, se olvida de su lado animal, de lo bueno que tiene. Se ha convertido en una cosa pensante: un cerebro. Y no hace otra cosa que cuestionarse y no se da cuenta de que las preguntas son, precisamente, las que la hacen infeliz. Quiere saber de dónde viene, por qué vive y a dónde va. Quiere encontrar una razón de vivir, como tú. Y se olvida de vivir.

¿Qué sentido tiene la vida?

Estoy en muy buena posición para decírtelo, aunque nadie quiera creerlo: la vida no tiene sentido. Y, a partir de ahí, cada uno puede tomar las riendas de su vida y darle un significado.

No sé si me explico, amigo mío: la vida no tiene sentido. ¿No te parece bien? No hace falta volverse loco para encontrarlo, ¿no? Sólo hay que vivir.

Los grandes cerebros (los llaman Eruditos, Filósofos, Sabios hindúes, Gurús, Religiosos, Papas y otras Inteligencias) creen que hay otra vida en el más allá. No te lo creas, Antoine. Sólo son palabras vacías del cerebro humano.

Te propongo que examines la siguiente idea: ¿somos los mismos que hace diez años? Dentro de diez años, ¿cuál será nuestra vida? ¿Y si la otra vida no fuera más que un aviso? ¿Un «satori»? Al cambiar de nivel de consciencia pasaríamos, automáticamente, a otra vida.

Después de esta vida no hay nada. ¡NADA! Ni antes ni después. El Paraíso y el Infierno no existen. Sé de lo que hablo.

Ante las incertidumbres del destino, vosotros, los hombres, os habéis inventado las compañías de seguros. Vivir sin peligro y, ¿por qué no?, sin la muerte; y os habéis imaginado la «otra vida». Palabras vacías. Te lo repito, después de la muerte no hay vida pero, ¿no te parece bien? Esto le da más valor a la vida.

¿No os basta?

Cuando se enfrentan a su último día, todos los Iluminados, a pesar de su serenidad glorificada, todos sin excepción, cuando me ven, no pueden evitar asustarse.

Incluso los que predicán que el hombre puede aliarse con la muerte, incluso ellos, tiemblan de terror.

¿Sabes por qué? Porque dudan. No pueden evitar preguntarse, en el último momento, si sus hipótesis no son más que divagaciones intelectuales.

Yo sí que lo sé: sólo son divagaciones.

Centrémonos en ti, Antoine. Has abandonado la idea de escribir un libro, eso dices. No conozco el futuro, no me atañe. Pero te conozco un poco, y no estoy del todo seguro de que te hayas liberado de esa obsesión por completo. Para liberarse de un deseo, es necesario cumplirlo.

«Uno no puede liberarse de algo que no tiene.»

Sospecho que, detrás de tu deseo de escribir, detrás de todas tus buenas intenciones, se camufla sutilmente la necesidad de reconocimiento. ¿Sabes que los deseos más tenaces son la sed de poder, de gloria, de triunfo?

Un día, el deseo de escribir resurgirá y esta vez lo cumplirás, hasta el final. Siempre pasa lo mismo con los hombres con grandes ambiciones: acaban por concretizar su sueño. Siempre.

Ese día, tendrás que enfrentarte a la prueba más terrible de todas: el último combate contra tu imagen.

También conocida como ego. Seguro que has oído hablar de él. Es fuerte, retorcido, maligno, astuto y con un orgullo desmesurado. Crees que lo suprimes y es él el que te suprime, sin que lo veas venir. Muy pocos se recuperan de un combate con el ego. Es una bestia feroz.

Voy a hacer una predicción para cuando publiquen tu libro: te arriesgarás a tomarte en serio. A acabar por creerte tus bonitas frases, a adorar las teorías mágicas que habrás elaborado. Y a olvidar que todo esto no es más que un entretenimiento. Una ilusión. No caigas en tus propias redes.

Antoine, toda esta historia es una broma. Has jugado igual que un niño. Y, si has sacado algún conocimiento, pues mucho mejor. Al menos, que sepas que nada de todo esto es importante. Si hay alguna moraleja,

es ésta: has fingido muy bien.

*Y si algunos le encuentran significados extravagantes
cargados de sentidos ocultos o de iniciaciones peligrosas,
mantén la cabeza fría. Eso también forma parte
del juego. Todas las pasiones y los clamores te confirmarán
que estás vivo, que existes, porque el mundo
hablará de ti. Más tarde, desde la distancia, con sentido
común y más calmado, encontrarás la paz interior.*

*Como lo hablábamos en nuestras interminables conversaciones,
para ver la luz hay que cruzar las tinieblas,
lanzarse a la batalla y enfrentarse a la vida. No hay atajos,
amigo mío. Para llegar hasta el fondo de los sueños,
se tiene que hacer el viaje. Es el precio que hay que
pagar. ¡Pero menudo viaje!*

*Así que, un día, acabarás escribiendo tu libro, y no
te costará nada. Los años invertidos en pruebas, búsquedas
y dudas no habrán sido en vano. ¿Te has fijado
alguna vez en cómo aprenden a andar los niños? Caen
y se levantan. Vuelven a caer y se vuelven a levantar.
No conocen el fracaso. Prueban una y otra vez rectificando
el equilibrio. Y, un día, andan.*

*Otros se lo toman de otra manera: después de varias
tentativas infructuosas, renuncian y se desplazan a cuatro
patas. Y, un día, cuando ya están cansados de arrastrarse,
se levantan de una vez por todas y andan. Los
padres se quedan maravillados por la repentina facilidad
de su hijo. De un día para otro, su hijo se levanta
y camina. ¡Es un milagro! Pero no es ningún milagro,
Antoine. El cuerpo recuerda los primeros intentos, los
grabó. Y, a partir de ahí, el niño sigue adelante.*

*De este modo, tus inicios literarios también te servirán
el día que te pongas a escribir. No creas en los
milagros ni en los genios y, sobre todo, lo repito, no te
tomes en serio. Y si algún día lo haces y tu vida se convierte
en algo pesado, doloroso y rutinario y no sabes
qué decisión tomar, piensa en mí, como ya has hecho
varias veces, y pídemelo consejo. Yo te diré que vayas
donde tu sueño te lleve. Ante la muerte, no existen
buenas ni malas decisiones. Pruébalas todas. Y si no te
divierten, ¡pues nada! Felicítate por haberlas probado
porque, un día, ya no tendrás más oportunidades de
probar nada. No tendrás ocasión de tomar lo que llamas
malas decisiones.*

*Antoine, tú lo sabes, los hombres no suelen seguir
los consejos de los demás. Una de las particularidades
humanas es que queréis entender todo lo que conforma
vuestra experiencia, y luego decidís si podéis aprender
algo o no. Por lo tanto, no voy a perder el tiempo dándote
consejos. Desde que nos conocimos, te he ido
sugiriendo varias rutas; ahora te toca a ti probarlas y*

elegir las que más te diviertan.

¿Te has dado cuenta de que siempre hablo de diversión?

Es una palabra que asusta. Muy pocos hombres me han confesado, en el último momento, que se han divertido.

La mayoría cree que la vida es dura, fatigosa y aburrida.

¿No me crees? Pregunta a los de tu alrededor. La palabra que enseguida se les ocurre es «serio». Es un hombre serio. Ha escrito un libro serio. Lleva una vida muy seria. Tiene una mujer y unos hijos serios. Hace inversiones serias. Estudios serios. Una casa seria. Hace el amor de manera seria. Se ha tomado su vida muy en serio. Mujer seria busca hombre serio para vida seria. Escucha Antoine: en el último suspiro, jamás nadie ha dicho que le gustaría haber sido más serio. Jamás. Nadie.

A mí me da lo mismo. Serio o no, me los llevo a todos. A fin de cuentas, todos acaban en mis brazos.

Sin embargo, he constatado que los que crecen en un entorno familiar donde el amor circula y se comparte, los que están disponibles para sus seres queridos para guiarlos sin imposiciones, son los que respiran momentos más dulces, felices y tranquilos. Porque el amor es alegre, chisposo y brillante como el champán. Engendra un espacio de perfección y libertad. ¡Es cualquier cosa menos serio!

Los otros, cuyas expresiones favoritas son normas estrictas, deberes, responsabilidades y principios, crean un muro de amargura a su alrededor. El infierno y el paraíso existen. Son lo que cada uno hace con su vida. Lo que hacen con ella, no lo que la vida es. Porque la vida es neutra.

Si supieras la miseria que reina en las casas, en la vida relacional de las parejas, la ausencia de placer en el amor, incluso la ausencia de amor. Antoine, cientos de personas acudirán a tu seminario.

Y además, también he constatado que la gente se hace daño de otra manera: creen que la vida es injusta.

Mira a tu alrededor. La vida no es justa. Pero no lo es por definición. Existe la lluvia y el buen tiempo. Y la sequía. El placer y el dolor. Y la enfermedad. ¿No vale más vivir con la desigualdad? Y empezar de ahí para construir una vida. Sólo yo, la Muerte, soy justa.

No hago distinciones entre el bien y el mal. No conozco la moral y no hago diferencias entre unos y otros, todos tienen derecho al mismo trato por mi parte.

¿Queréis justicia? Algún día la tendréis, os lo juro. En el cementerio, no hay ningún muerto que sea más o menos que otro. Todos son iguales. Además, nadie protesta.

Nadie se queja.

Hay algo que todavía me sorprende: ¿Qué hacéis con el tiempo que se os concede?

*Cuando me acerco, llegada la hora, todos me suplicáis:
«un día más, sólo uno».*

*Antoine, un día es la eternidad. Es el mejor regalo
del mundo.*

—Pero si habéis tenido miles de días —respondo.

*¡Miles de regalos! ¿No los habéis disfrutado? Ahora ya
es demasiado tarde. Seas pobre o rico, santo o granuja,
no concedo prórrogas.*

*Ya para terminar, me gustaría hacerte, a mi manera,
un regalo para agradecerte tu amor.*

Cuando llegue tu hora, vendré a buscarte por sorpresa.

*No te lo esperarás, así que no te preocupes. No
hagas previsiones ni preparaciones. No será nada
angustioso. No tendrás la oportunidad de decir unas
últimas palabras a tu mujer, hijos ni amigos. En un
abrir y cerrar de ojos, estarás conmigo. Tendrás el
tiempo justo de reconocerme. Como un cómplice que
te hace una señal, y ya está.*

¿Qué te parece mi regalo?

*La mayoría no lo querrían. Pero sé que tú lo apreciarás
en su justa medida. Porque te obliga a vivir
intensamente cada momento del presente.*

A partir de hoy, si quieres, cada día será una bendición.

*Un estado de gracia. Un himno a la vida. No reunirás
a tus seres queridos alrededor de tu cama, no te
daré esa posibilidad; tendrás que aprovechar cada día
que estés a su lado para celebrarlo. No tendrás opción.
Tienes que introducir alegría en su vida cada día.
Tienes que estar agradecido por el nuevo amanecer
cada día, por el desayuno con tu mujer, el paseo con tus
hijos.*

*A partir de hoy, cada día hará buen día. Para ti, el
hombre del tiempo ya no tiene razón de existir. Te reirás
cuando anuncie mal tiempo. ¿Un tornado? ¡Eso no
es nada! ¿Una inundación? ¡Qué suerte! ¿Una tempestad?
¡Qué bien! ¡Qué suerte estar vivo!*

*Pase lo que pase en el mundo, como un reportero al
acecho, estarás por encima de todo, tus ojos ametrallarán
apasionadamente todos los eventos. A partir de
hoy, para ti, los periódicos sólo publicarán una cosa:
¡estás vivo!*

Ese es el privilegio que te ofrezco, Antoine.

J. Greenleaf Whittier escribió:

*«De todas las palabras que la pluma o la lengua pueden
decir, las más tristes son: habría podido ser...»*

Que tu pluma o tu lengua no las digan jamás.

Y Oliver Wendel dijo:

*«La mayoría de nosotros morimos con la música todavía
en el interior.»*

El público todavía está en la sala y esperan tu concierto.

No llegues tarde.

La noche en que nos conocimos, te propuse ayudarte a encontrar el sentido de tu vida. Me preguntaste por qué lo hacía y cuál sería el precio. Te respondí que te lo diría a su debido tiempo.

Bueno, pues ha llegado el momento. Yo también tengo la necesidad de explicarme, de darme a conocer. Si te queda un poco de espacio en el libro, ¿podrías incluir nuestra amistad? Esa es mi petición, pero no quiero obligarte y, hagas lo que hagas, estará bien. Y hazme otro favor que justificará el tiempo que te he dedicado: en nuestra próxima y última cita, cuando me acerque a ti, no me digas: «un día más, sólo uno». Porque ese día de regalo te lo ofrezco hoy.

Organízate para sacarle la quintaesencia.

Termino mi confesión presentándote este pequeño poema zen de Bashô, un famoso poeta japonés, a quien acompañé igual que a ti:

*Nada hace presagiar
en el canto de la cigala
que su final se acerca.*

Hasta pronto, amigo mío.

Rolando Remuto

Terapeuta artesanal.

Casi no me aguantaba de pie. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas y me nublaban la vista.

El anciano me había guiado hasta lo más profundo de mi existencia. Me había enterrado para hacerme comprender mejor el valor de mi destino.

Y hoy me había ofrecido una segunda oportunidad.

Todo lo que viva a partir de hoy, será un regalo. ¡Una gratificación!

¿Cómo iba a vivir mi segunda vida?

En ese preciso instante, vi claramente el sentido de mi vida.

Acababa de encontrar lo que había estado buscando desesperadamente.

Por fin, entraba en la luz.

La vida revela todo su sentido cuando abandonamos la

idea de darle un sentido. ¡Todo ese camino para llegar a esto!

¿No me lo podía haber explicado de una manera más sencilla?

No, habría sido demasiado fácil. No lo habría entendido.

Para saber hay que hacer todo el viaje.

No hay atajos.